EL MONISMO

COMO NEXO ENTRE

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

PROFESIÓN DE FE DE UN NATURALISTA.

POR

ERNESTO HAECKEL.

Profesor en la Universidad de Jena.

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

M. PINO G.

LICDO. EN FILOSOFÍA Y LETRAS

[illegible]

DR. A. MACHADO NÚÑEZ

Catedrático de la Universidad Central

MADRID

[illegible]

[illegible] de Martínez, número [illegible]

1893

EL MONISMO

EL MONISMO

COMO NEXO ENTRE

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

PROFESION DE FE DE UN NATURALISTA,

POR

ERNESTO HAECKEL,

Profesor en la Universidad de Jena.

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

M. PINO G.

LICDO EN FILOSOFÍA Y LETRAS,

PUBLICADA POR EL

DR. A. MACHADO NÚÑEZ,

Catedrático de la Universidad Central.

MADRID

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL

Platería de Martínez, número 1.

1893

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

El portentoso desarrollo que las ciencias naturales han alcanzado en los últimos treinta años, hace sentir su influjo creciente en cada nno de los ramos del saber humano y en las manifestaciones varias de la vida. Todos los grandes pensadores contemporáneos siguen muy de cerca los progresos qne se van realizando en los conocimientos experimentales, y la filosofía moderna reconoce ya la necesidad de obviar las discrepancias que pudieran separarla de aquellas enseñanzas que, basadas en hechos demostrados y exactos, exponen las ciencias naturales y biológicas.

Ernesto Haeckel, el más ilustre campeón de estos importantísimos estudios, el investigador profundo é incansable propagador de aquellas ciencias, es ya conocido y admirado en España por buen número de hombres estudiosos. Este resultado se debe, en gran parte, á los esfuerzos y á la rara perseverancia de nuestro querido amigo y paisano, el sabio catedrático de la Central, don Antonio Machado.

La doctrina monista ó unitaria, cuya base es la teoría universal de la evolución, cuenta entre sus mantenedores, además del célebre profesor de Jena, á naturalistas y filósofos de tanta valía como Carus Sterne, Spitzer, A. Rau, H. Wolff, etc., cuyos trabajos están justamente

reputados. Pocos ó acaso ninguno de éstos, sin embargo, han logrado plantear y desenvolver por manera tan original y compendiosa, cual lo hace Haeckel en el presente discurso, el problema transcendental de las relaciones y de la posible armonía entre la ciencia y la religión, dentro del criterio monista. En atención á esta circunstancia, y aparte de nuestras reservas respecto de ciertas hipótesis y conclusiones más ó menos aventuradas del eminente crítico alemán, hemos cumplido gustosos la traducción española de este notabilísimo discurso.

M. Pino G.

Madrid, Febrero 15 de 1893.

AL LECTOR

En España no abundan los adeptos á las maravillas y á los descubrimientos científicos; hay más afición á los asuntos literarios, y esto demuestra nuestra grandísima indiferencia para el estudio de aquellos conocimientos.

Tenemos que valernos de las traducciones francesas para estar al corriente de los adelantos de las demás naciones de Europa. En Inglaterra y Alemania, donde los progresos en la industria y en las ciencias son más continuos é importantes, si no se vierten por los franceses á su lengua patria las obras que de tales progresos tratan, los desconocemos, porque los idiomas de aquellos países son menos conocidos que el de nuestros vecinos, muy vulgar en España.

Por esta causa, al recibir la Memoria ó discurso del sabio é ilustre profesor Ernesto Haeckel, tuve el propósito de confiar el interesante trabajo del apóstol darwinista y catedrático de la Universidad de Jena, á un traductor inteligente, al cual debo la acabada versión de aquel escrito luminoso, con cuyas ideas y tendencias me identifico en un todo.

Y, á mi profundo agradecimiento al eminente comprofesor Haeckel, por el envío directo de su precioso trabajo, une la expresión de su sincera estima á su traductor, su afectísimo,

Antonio Machado y Núñez.

Madrid, Febrero 20 de 1893

"¿Qué mejor aspiración en la vida del hombre que el sentir revelársele á un tiempo Dios-Naturaleza?„

GOETHE.

PRÓLOGO DEL AUTOR

El presente estudio sobre el «Monismo» es una conferencia ocasional, dada sin preparación alguna en Altenburgo, el 9 de Octubre de 1892, al celebrarse el 75.° aniversario de la fundación de la *Sociedad de Naturalistas del Osterland.* Motivo inmediato para mi conferencia, fué el solemne discurso que la precediera, confiado al profesor Sr. Schlesinger, de Viena, y cuyo tema era: *Sobre creencias en la ciencia de la Naturaleza.* Algunas de las cuestiones tratadas en este discurso filosófico abordaban los más altos y transcendentales problemas de los conocimientos humanos; otras aserciones del mismo, prestábanse á inmediata controversia y á una exposición de puntos de vista contradictorios. La circunstancia de venir ocupándome extensamente, desde hace treinta años, de aquellos problemas filosófico-naturales, acerca de los cuales he mantenido en numerosos escritos mis convicciones monistas, motivó el que muchos de los concurrentes expresasen el deseo de que, en tan solemne ocasión, las resumiese yo brevemente. Deferí á las generales solicitaciones, y el resultado fué la presente *profesión de fe científico-natural.* Tomado por mí á la memoria, al siguiente día en que lo pronunciara, el contenido más saliente de mi discurso, se imprimió por primera vez en el *Diario de Altenburgo*, de

19 de Octubre de 1892 (núm. 346, pág. 2). El número de Noviembre, de la revista titulada *Escena libre para el desarrollo de la lucha del tiempo* (Berlín, año III, número 11), contiene una copia de aquella publicación. aumentada con algunas observaciones filosóficas. En la presente edición aparece más extenso el discurso de Altenburgo, tratándose con mayor desenvolvimiento ciertos puntos apenas esbozados en las anteriores.

El objeto de mi profesión de fe monista tiene un doble sentido. Primeramente, desearía yo dar adecuada expresión á aquellas *ideas racionales* que los novísimos progresos realizados en las Ciencias Naturales nos imponen lógica y necesariamente, ideas que viven en lo más íntimo de casi todos los naturalistas despreocupados y pensadores, por más que sólo un reducido número de ellos tenga el valor ó sienta la necesidad de proclamarlas. En segundo lugar, quisiera yo establecer un *lazo de unión* entre la religión y la ciencia, contribuyendo así á resolver la oposición, no bien justificada, que de antiguo se viene manteniendo entre estas dos manifestaciones principalísimas de la actividad del espíritu: el Monismo satisface en igual grado la necesidad moral del *sentimiento* y la necesidad lógica de causalidad, presente siempre en nuestra inteligencia.

Que esta discreta unión de la creencia y del saber, que la conciliación racional entre el sentimiento y la inteligencia es ya aspiración vivísima de las gentes cultas, pruébalo el creciente número de publicaciones dedicadas al asunto. En los Estados Unidos del Norte de América (en Chicago) publícase, desde hace muchos años, un semanario exclusivamente consagrado á tan

transcendentales cuestiones: *The open Court, a weekly Journal devoted to the Work of conciliating Religion with Science.* El eminente director de esta revista, Dr. Paul Carus (autor de la obra *El Alma del hombre*, 1891), persigue además el mismo objeto en una publicación trimestral, titulada *The Monist, a quarterly Magazine.* Sería muy de desear que estos notables ensayos sobre la conexión existente entre la investigación empírica y la especulativa, entre el realismo y el idealismo, hallasen mayor atención y cultivo, pues sólo mediante aquel consorcio podemos aproximarnos al fin más elevado de nuestra actividad espiritual, Á LA FUSIÓN DE LA CIENCIA Y DE LA RELIGIÓN EN EL MONISMO.

ERNESTO HAECKEL.

Jena, 31 de Octubre de 1892

Señores:

Una Sociedad cuyo objeto es el estudio de la Naturaleza y la investigación de la verdad, no podria celebrar más dignamente el aniversario de su fundación que con la exposición de sus problemas más altos y generales. Por esto, debemos saludar con regocijo el hecho de que el tema elegido para su discurso por el notable orador encargado de la 75.ª confereucia conmemorativa de la *Sociedad de Naturalistas,* haya versado sobre punto de capitalísima importancia. En análogas ocasiones, extiéndese, por desgracia, cada día más, el hábito de disertar sobre temas especiales de limitado interés, y, aun en las grandes sesiones del *Congreso de Médicos y Naturalistas alemanes,* obsérvase la misma práctica. Cierto es que la creciente división del trabajo y la divergencia del especialismo científico, justifica muchas veces aquella costumbre; pero, como renniones cual la presente revisten siempre extraordinaria solemnidad, precisamente por esto, debería ofrecerse á la atención de tales concursos asuntos de mayor y más general importaucia.

Un tema de este género es, indudablemente, el de las *Creencias científico-naturales,* sobre el cual acaba de des-

arrollar sus originales ideas el digno profesor Sr. Schlesinger. Mucho me alegro hallarme de acuerdo con él en varios puntos importantes; pero respecto á algunos otros, séame permitido exponer, ya ciertas reservas, ya opiniones contrarias. En primer término, estoy enteramente conforme con su aserción del concepto *unitario* de la Naturaleza, como un todo; concepto qne designamos con la palabra *Monismo*. Es evidente, que con esta palabra expresamos nuestra convicción de que *existe un espíritu en todas las cosas*, y de que, todo el mundo cognoscible subsiste y se desarrolla bajo una ley fundamental, lo que equivale también á decir, en sentido más concreto, que admitimos la unidad esencial de la naturaleza inorgánica y de la orgánica, siendo esta última producto de la evolución lenta de la primera. Así como no es dable establecer una línea divisoria entre estas dos manifestaciones esenciales de la Naturaleza, así tampoco podemos reconocer una absoluta diferencia entre los reinos animal y vegetal, ni aun entre el animal y el hombre. Según esto, consideramos toda la ciencia humana *en su unidad*, y rechazamos, por tanto, la división hasta hoy admitida en ciencia de la Naturaleza y ciencia del Espíritu. Esta última es sólo una parte de la primera (ó viceversa); ambas son nna misma ciencia. Nuestra *teoría monista* pertenece, pues, al grupo de sistemas filosóficos que, bajo otros puntos de vista, se les denomina también *mecánicos ó panteístas*. Sean cualesquiera las diferencias que la concepción monista haya presentado en los sistemas de Empédocles y Lucrecio, Spinoza y Giordano Bruno, Lamarck y David Strauss, el punto de partida común á todos permanece siempre el mismo: la *unidad cósmica*, la conexión indestructible entre la fuerza y la materia, entre el espíritu y la objetividad, ó, para expresarme de otro modo, entre Dios y el mnndo. Así nada menos que el más grande de nuestros vates y pensadores, Goethe, habíase penetrado de aquel principio

es[illegible] y [illegible] po[illegible] expres[illegible] en el [illegible] y en su maravilloso poema titulado *Dios y el Mundo*.

A fin de apreciar dignamente este *Monismo*, permítasenos, ante todo, desde las alturas de la investigación filosófico-histórica, dirigir una mirada retrospectiva hacia el desarrollo histórico de los conocimientos humanos. Aquí, una larga serie de ideas diversas y de estados de cultura del hombre, desfila ante nuestra vista escudriñadora. En la escala más inferior, el áspero (rayano en el animal) estadio del hombre primitivo y prehistórico, aquel *mono-hombre*, que, durante el período terciario, apenas se elevaba sobre sus inmediatos ascendientes pitecoides, los hombres-monos. Sigue luego una serie de grados de cultura por todo extremo inferior, y de cuya sencillez pueden darnos una idea, aunque incompleta, esos pueblos *salvajes*, aun hoy existentes. Continuadores de estos salvajes son los primeros *pueblos civilizados*, en su escala más rudimentaria, y desde éstos, á su vez, una extensa serie de estados intermedios conduce gradualmente hasta los *pueblos civilizados* de orden más elevado. Sólo estos últimos (de las nueve razas humanas, la mediterránea y la mongólica exclusivamente) han realizado lo que impropiamente llamamos *Historia universal*, esto es, *Historia de los pueblos*, como la denominaríamos con más razón. Comprende esta última (y con ella á la vez los ensayos de conocimiento científico) un período de unos seis mil años, período infinitamente corto en la larga cadena de millones de años que cuenta la historia terrestre orgánica.

Respecto á los hombres primitivos más antiguos, ó monos-hombres, así como también respecto á los «pueblos salvajes» descendientes de ellos, *no podemos* hablar todavía de un *conocimiento de la Naturaleza*. El rudo hombre primitivo no es aún, en esta escala inferior, aquel incansable animal consciente ó «animal racional» de Lichtenberg: su necesidad de conciencia reflexiva no

avanza mucho más allá que la del mono y la del perro; su curiosidad no se ha elevado aún al puro deseo de sabiduría. Si queremos hablar de *razón* en el primitivo hombre pitecoide, no puede esto tener otro sentido que el que le damos en aquellos mamíferos de desarrollada ó superior organización: otro tanto sería necesario decir de los primeros comienzos de la religión.

Generalmente, niégase todavía á los animales la razón y la religión. No obstante, una comparación imparcial nos convence de lo contrario. La perfección lenta y gradual que el progreso ha operado á través de millares de años en el alma humana, no ha pasado sin ejercer también su influencia en la de nuestros animales domésticos mejor organizados (entre todos, el perro y el caballo). En continuo contacto con los hombres, y bajo el influjo de su educación, gradualmente se han ido desarrollando en su cerebro altas y hereditarias asociaciones de ideas y también juicios más perfectos. El hábito se ha convertido en instinto, como un ejemplo irrefutable de la *transmisión de las cualidades adquiridas*.

La psicología comparada nos da á conocer una larga serie de estados históricos de perfeccionamiento del alma en el reino animal; pero, solamente en los vertebrados de mayor desarrollo, aves y mamíferos, reconocemos los primeros rudimentos de la razón, las primeras huellas de las manifestaciones religiosas y morales. No sólo encontramos en ellos las virtudes sociales de todos los animales superiores que se relacionan entre sí (amor al prójimo, amistad, fidelidad, abnegación, etc.), sino que también la conciencia, el sentimiento del deber, y, en sus relaciones con los hombres, la misma obediencia, la misma sumisión, la misma necesidad de protección profesadas por los salvajes á sus *dioses*. Empero, tanto á los unos como á los otros, fáltales todavía aquel alto grado de la conciencia y de la razón, que aspira á conocer el mundo que les rodea y que constituye el comienzo de la filosofía.

Ésta fué adquirida más tarde por los pueblos civilizados, y se ha formado lenta y gradualmente desde un círculo de ideas religiosas inferiores. En cada grado de la religión primitiva, así como también de la filosofía, el hombre se halla muy lejos aún de las concepciones monistas. Al investigar la causa de los fenómenos, ejercitando en ellos su inteligencia, inclínase generalmente á reconocer en todo la presencia de un Ser personal, de dioses, que concibe con atributos humanos, atribuyéndoles la acción de los factores naturales. En el trueno y en el relámpago, en la tempestad y en los terremotos, en el curso del sol y de la luna, en cada uno de los cambios meteorológicos y geológicos más importantes, cree descubrir la expresión inmediata de un *Dios personal* ó espíritu, imaginándole, de ordinario, más ó menos antropomorfo ó semejante al hombre. Distingue luego entre dioses bienhechores y adversos, favorables y enemigos, conservadores y destructores, entre ángeles y demonios.

En mayor escala sucede esto cuando el impulso creciente del conocimiento se resuelve á darse cuenta de los complicados fenómenos de la vida orgánica: desarrollo y destrucción de plantas y animales, vida y muerte del hombre. La combinación adecuada y artística de los séres vivientes organizados despierta inmediatamente la comparación con las creaciones de la fantasía del hombre, tan admirablemente construidas, y la vaga noción del Dios personal conviértese en la de un *Creador*, cuyas obras son formadas ordenadamente. Sabido es que este concepto de la creación orgánica, como producto artístico de un Dios antropomorfo—de un «Creador divino»,—ha venido perpetuándose hasta mediados de nuestra centuria, no obstante haber demostrado eminentes pensadores, desde hace más de dos mil años, lo insostenible de tal creencia. El último naturalista de valía que la representó y explicó fué Luis Agassiz († en 1873). En su admirable *Essay on classification* (1857), desarrolló con

extrema consecuencia aquella teosofía, defendiéndola por esto mismo *ad absurdum*.

Todas estas antiguas concepciones religiosas y teológicas, y los sistemas filosóficos que de ellas procedieron (por ejemplo, el de Platón, el de los Padres de la Iglesia), son *antimonistas*, y están, por tanto, en abierta contradicción con nuestra Filosofía natural monista. La mayor parte de aquellos sistemas son *dualistas*, por considerar como dos substancias completamente heterogéneas y distintas, Dios y el mundo, Creador y creación, espíritu y materia. Este «dualismo» se halla también en la mayoría de las religiones positivas más puras, especialmente en aquellas tres formas importantísimas del monoteísmo, fundadas por los tres célebres profetas del Oriente mediterráneo, Moisés, Cristo y Mahoma. Pero, ya en varias derivaciones ó consecuencias de estas tres religiones, y aun más en las formas religiosas inferiores del paganismo, aparece en lugar del dualismo un *pluralismo* filosófico; al Dios benéfico y conservador del mundo (Osiris, Ormuzd, Wischnu) opónese un Dios destructor (Tifón, Ahriman, Schiwa). Numerosos semidioses ó santos, buenos y malos, hijos é hijas de los dioses, se unen á aquellos dos dioses principales, dividiéndose con ellos la administración y el gobierno del Cosmos.

En todos estos sistemas, dualistas y pluralistas, el principio fundamental no es otro que el *antropomorfismo*, la *humanización de Dios*. El hombre mismo, como semejante á Dios (ó como ser directamente emanado de Dios), se abroga un lugar especial en el mundo, y se separa mediante un abismo profundo del resto de la naturaleza. Por lo general, combínase con esto la *idea antropocéntrica*, la convicción de que el hombre es el punto céntrico del universo, el último y más alto fin de la creación, y de que todo lo demás en la naturaleza sólo fué creado para servir al hombre. En la Edad Media, asociábase á la vez á esta última creencia la *idea geocéntrica*, según la cual, la

tierra. como morada del hombre, constituye el punto céntrico de los mundos, girando alrededor de nuestro planeta el sol, la luna y los demás astros. Ahora bien. así como Copérnico destruyó en 1543 esta creencia geocéntrica, basada en la autoridad de la Biblia, así también Darwin, en 1859, dió el golpe de gracia al dogma antropocéntrico, íntimamente relacionado con aquellas teorías.

Una comparación general histórico-crítica de todos los sistemas religiosos y filosóficos, ofrece como principal resultado el que, *todo progreso importante en la esfera del conocimiento reflexivo, significa una emancipación del dualismo tradicional* (ó pluralismo), *una tendencia hacia el Monismo.* Cada día se impone con mayor claridad á la razón indagadora, la necesidad de considerar á Dios, no como un ser externo, opuesto al mundo material, sino como *fuerza divina*, como *espíritu impulsor* existente en el interior del Cosmos. Cada vez nos es más evidente que, todos los admirables fenómenos de la naturaleza que nos rodea, tanto de la inorgánica como de la orgánica, sólo son diferentes productos de una misma y única fuerza primitiva, diversas combinaciones de una misma substancia. Más y más irresistiblemente se nos revela el conocimiento de que también nuestra alma humana sólo forma una parte insignificante de esa grande y comprensiva «alma del mundo», bien así como nuestro cuerpo sólo constituye una molécula del gran mundo orgánico.

Como fundamento exacto, y aun en parte matemático de este concepto unitario de la Naturaleza, han venido á ser, ante todo, de decisiva importancia los grandes descubrimientos realizados en la física y química teóricas. Roberto Mayer y Helmholtz, descubriendo la ley de la *conservación de la fuerza*, han demostrado que la energía del Universo expresa una cantidad constante, infinita é invariable; cuando una fuerza cualquiera parece extinguirse, ó bien ejercer de nuevo nua acción, sólo consiste

esto en la transformación de una fuerza en otra. Así también, la ley de la *conservación de la materia*, de Lavoisier, nos prueba que la masa de los Cosmos forma una cantidad constante é invariable; cuando aparentemente desaparece un cuerpo (por ejemplo al quemarse), ó bien se presenta como nuevo (por ejemplo en la cristalización), explícase esto por un cambio de forma ó de composición. Estas dos leyes capitales, la ley física de la conservación de la fuerza y la ley química de la conservación de la materia, pueden ser comprendidas en un principio filosófico, como *ley de la conservación de la substancia*. pues según nuestra concepción monista, fuerza y materia son inseparables, como manifestaciones diversas de un sólo ser real, la *substancia*.

Como una parte integrante de este monismo puro, puede, en cierto sentido, admitirse la teoría de los *átomos animados*, enseñanza antiquísima, expuesta ya por Empédocles hace más de dos mil años, en su tratado sobre el *amor y el odio de los elementos*. Nuestra física y química modernas han admitido, en general, la hipótesis atomística primeramente propuesta por Demócrito. considerando todos los cuerpos como compuestos de átomos, y refiriendo todas las transformaciones de aquéllos al movimiento de tales *moléculas adaptables*. Todos estos cambios, tanto en la naturaleza orgánica como en la inorgánica, sólo nos aparecen verdaderamente comprensibles cuando consideramos los átomos, no como partecillas muertas, sino como vivas y animadas, mediante las fuerzas de atracción y repulsión. Simpatía y antipatía, amor y odio, no son más que meras denominaciones de la misma fuerza indicada. Con mucha razón designa la física su energía intensiva como *fuerza viva*, en contraposición con su energía potencial, la *fuerza de tensión*.

Empero. si bien, por una parte, consideramos hoy el *Monismo* como un principio fundamental de la teoría de la naturaleza, y admitimos también que, según esta doc-

trina, todos los fenómenos, sin excepción, deben ser referidos necesariamente á la *mecánica de los átomos*. preciso nos es conceder, por otra parte, que nuestros conocimientos actuales no alcanzan todavía á darnos una idea satisfactoria sobre el ser propio y esencial de los átomos, y sobre sus múltiples relaciones con el *mundo etéreo*, esto es, con la masa atmosférica que ocupa en el espacio. Sabemos que la química ha conseguido ya reducir los diferentes elementos de la naturaleza á combinaciones de un corto número de cuerpos; además, los recientes progresos de aquella ciencia dejan entrever la posibilidad de que estos elementos ó las substancias hasta ahora irreductibles, no sean más que composiciones diversas de un número variable de átomos de un solo elemento primitivo. Cuál sea éste, cuál la naturaleza esencial y las fuerzas elementales de aquellos *átomos primarios*, es punto no resuelto aún.

Un número considerable de profundos pensadores ha tratado, hasta hoy en vano, de aclarar este capital problema de la filosofía natural, y de determinar la naturaleza de los átomos y su relación con el mundo etéreo. No obstante, se acentúa cada día más la creencia de que no existe espacio vacío, y de que los *átomos primitivos* de la materia ponderable (ó de la *masa* pesada) están separados por el elemento homogéneo, ó sea el éter esparcido en el espacio. Este éter, ligero y tenue (aunque no imponderable), produce, mediante sus vibraciones, todos los fenómenos de la luz y del calor, de la electricidad y del magnetismo. Podemos figurarnos el éter, bien como continuo, como substancia que llena el espacio entre los átomos de las masas, bien, igualmente, como compuesto de partículas tenuísimas, y, en este caso, podríamos atribuir á los átomos etéreos una fuerza repulsiva inherente, en contraposición á la fuerza de atracción inmanente en los átomos pesados, y toda la mecánica del mundo consistiría, por tanto, en la potencia atractiva de los últi-

mos y en la repulsiva de los primeros. Por lo demás, posible sería también coordinar la *acción del espacio infinito*, según el sentido del ilustre profesor Sr. Schlesinger, con las *vibraciones del éter*.

Un progreso de importancia, realizado en los conocimientos naturales por la novísima física teórica, consiste en haber adquirido datos más precisos para el estudio del *éter cósmico*, con lo que el problema relativo á la esencia, estructura y movimiento de éste, ocupa ya lugar muy prominente en la filosofía natural monista. No hace aún muchos años que la mayor parte de los naturalistas consideraban el *éter* cósmico como elemento *imponderable*, sobre el que, en puridad, nada se sabía, admitiendo su existencia como hipótesis provisional. Muy distinto aspecto presenta hoy esta cuestión, desde que E. Hertz publicó en 1888 sus observaciones sobre la naturaleza de las fuerzas eléctricas: sus admirables experiencias han confirmado el presentimiento de Faraday, de que, luz y calor, electricidad y magnetismo, son fenómenos afines de un solo grupo de fuerzas, cuya acción es el resultado de las vibraciones transversales del éter. La luz misma—de cualquier género que sea,—es siempre y en todas partes una manifestación eléctrica. El éter deja de ser una hipótesis; su existencia puede demostrarse en cada momento mediante experimentos eléctricos y ópticos. Conocemos la longitud de las ondas lumínicas y eléctricas, y, lo que es más, algunos físicos creen poder precisar, aproximadamente, la densidad del éter cósmico. Cuando, mediante la máquina pneumática, extraemos de una campana de cristal la masa atmosférica (hasta un residuo insignificante), la cantidad de luz permanece invariable dentro del receptáculo; ¡las oscilaciones del éter son visibles!

Estos progresos en el conocimiento del éter tienen una importancia transcendental para la filosofía monista. Mediante ellos, se desvanecen por completo las erró-

neas teorías sobre la vacuidad del espacio y las de la acción de los cuerpos á distancia; el total, infinito espacio, en tanto no le ocupa la masa atómica (la *materia ponderable*), está lleno de éter. Nuestra noción del espacio y del tiempo difiere en un todo de la que enseñó Kant hace cien años; el sistema *crítico* del gran filósofo de Kœnigsberg revela en este punto, así como en el juicio teleológico del mundo orgánico, y en su metafísica, flaquezas dogmáticas de mucho alcance. Aun abrigamos la convicción de que una forma racional de la religión puede aplicar la teoría del éter como «principio de creencia», oponiendo el éter cósmico movible como «divinidad creadora», á la masa inerte y pesada (como material para la creación).

Llegados aquí á la cúspide del conocimiento monista, nuevas y sorprendentes perspectivas se abren á nuestro sentido investigador, invitándonos á dar un paso más en la solución del gran enigma del mundo. ¿Cuál es la relación posible entre este éter movible y tenue, y la «masa» inerte, aquella materia ponderable que analizamos químicamente, y que sólo podemos pensar como compuesta de átomos? La novísima química analítica ha hallado próximamente sesenta elementos irreductibles, denominados también «cuerpos simples», y hecho alto ante este límite. Empero, las relaciones recíprocas entre estos elementos, su afinidad por grupos, su naturaleza espectroscópica, etc., dan como muy posible que todos ellos sólo sean producto del desarrollo histórico, originados por diversos yacimientos y combinaciones de un número variable de átomos primitivos.

A estos átomos, últimas partecillas adaptables de la «materia ponderable», podemos atribuir, con mayor ó menor verosimilitud, una cantidad de propiedades fundamentales, eternas é indestructibles; probablemente, todos ellos tienen en el inmenso espacio el mismo volumen y naturaleza. Aun cuando poseen una extensión

determinada y finita, son, sin embargo, en virtud de su esencia, indivisibles. Su figura es ovalada; son inertes (en el sentido de la Física), invariables, sin elasticidad, impenetrables al éter. Además de la propiedad de la inercia, poseen estos átomos primarios la importantísima de la *afinidad química*, la tendencia á condensarse y á unirse en pequeños grupos, afectando formas regulares. Estos grupos sólidos (existentes bajo las actuales condiciones físicas de vida de la tierra) de átomos, son las moléculas elementales ó primarias, las llamadas «irreductibles» en la química. Las diferencias cualitativas de los elementos químicos, son necesariamente imborrables para nuestros conocimientos empíricos actuales, y sólo pueden explicarse por el diverso número y por la disposición de los átomos uniformes que los componen.

Así, por ejemplo, el átomo de *carbono* (propiamente el *creador* del mundo orgánico) es muy probablemente un *tetraedro* formado por cuatro átomos.

Después que Mendelejeff y Lotario Meyer descubrieron en 1869 la *ley periódica* de los elementos químicos, fundando sobre ella un *sistema natural* de los mismos, otro sabio eminente, Gustavo Wendt, aplicó este importantísimo adelanto en el sentido de la teoría evolucionista, considerando todos los diversos elementos como estados evolutivos o combinaciones originadas históricamente por siete elementos esenciales, y estos últimos, á su vez, como productos históricos de un solo elemento primitivo. Ya Crookes, en su *Génesis de los elementos*, había designado esta «materia primitiva» hipotética como la materia primaria ó protyl. La prueba empírica de esta materia primitiva, base de toda materia ponderable, es quizá sólo una cuestión de tiempo. Su descubrimiento realizaría tal vez la esperanza de los alquimistas, la producción artificial del oro y de la plata por medio de otros elementos. A seguida, surge una importante cuestión: «¿Qué relación guarda esta masa primitiva con el mundo

etéreo? ¿Están ambas substancias en oposición esencial y eterna? Ó bien, ¿ha producido el movible eter la masa pesada?»

No han faltado varias hipótesis que tratan de dar respuesta á tan importante cuestión. Empero, al igual de las diversas teorías atomísticas de la química, todas esas hipótesis carecen todavía de fundamento evidente, y esta es también mi opinión respecto á aquella otra, muy ingeniosa, por cierto, que acaba de exponernos el respetable conferenciante, sobre la acción del espacio. Como observa muy bien el citado profesor, en todos estos tanteos filosófico-naturales, trátase, por ahora, solamente de «creencias científico-naturales», sobre cuyo fundamento pueden caber muy distintas convicciones, según el juicio subjetivo y el grado de cultura de cada hombre. Creo que la solución de tan transcendental problema está todavía más allá de los límites de los conocimientos naturales, y que, por largo tiempo aun, tendremos que contentarnos con decir *ignoramus,* aun cuando no *ignorabimus.*

Otra cosa es, cuando hacemos abstracción de estas hipótesis atomístico-elementales, y dirigimos nuestra mirada á las relaciones del desenvolvimiento del mundo, tal como se nos ofrecen después de los gigantescos progresos realizados en los conocimientos naturales en los últimos tres decenios. Aquí, se nos ofrece un campo vastísimo, en el que, por sorprendente modo, se ha resuelto una serie de importantísimos problemas, tenidos antes por insolubles.

Entre todas las conquistas del espíritu humano, destácase en primera línea, la moderna «teoría de la evolución». Presentida hace ya cien años por Goethe, pero formulada primeramente con toda precisión por Lamarck, en los comienzos de nuestra centuria, debe su definitiva fundación á Ch. Darwin, hace treinta y tres años; su teoría de la selección ha llenado la laguna que

Lamarck dejara abierta en sus descubrimientos sobre la acción recíproca de la herencia y de la adaptación. Sabemos ya, positivamente, que el mundo orgánico se ha desarrollado por modo continuo sobre nuestro globo, *según leyes eternas é inquebrantables*, como ya en 1830 lo demostrara Lyell respecto de los cuerpos orgánicos; sabemos que las innumerables especies de animales y plantas que han poblado nuestro planeta en el transcurso de millones de años, sólo son ramas de un tronco único; sabemos, por último, que el género humano constituye uno de los vástagos más recientes, importantes y acabados del árbol primordial de los vertebrados.

Una serie continuada de estadios evolutivos, gradualmente cumplidos, conduce hoy la razón humana, por entre las nieblas del primitivo estado caótico del Cosmos, hasta el mundo en que ahora vivimos. En un comienzo, sólo vaga por el inmenso espacio ese éter movible y elástico, y, como disueltas en él, á manera de polvillo invisible, innumerables moleculillas, los *átomos primitivos*. Quizá son éstos en su origen *puntos de condensación* de la agitada *substancia*, cuyo residuo constituye el éter. Al agruparse esas moléculas en número determinado, se forman nuestros átomos elementales. Como sucede en la hipótesis nebular de Kant-Laplace, los cuerpos en estado de condensación se separan de aquella especie de *niebla primitiva*. Uno sólo entre millares de cuerpos celestes es nuestro *sol*, juntamente con los planetas, formados mediante un desprendimiento centrífugo. Uno sólo entre los planetas de nuestro sistema solar es la *tierra;* toda su vida individual es producto de la luz del sol. Después de haberse coagulado hasta cierto grado la ígnea esfera terrestre, depositase, como gotas de rocío, agua líquida sobre la endurecida corteza, primera condición de la vida orgánica. Átomos de carbono comienzan su actividad organógena, combinándose con los otros elementos para concentrarse en el plasma originario. Un globulillo-

plasma traspasa los límites de la cohesión y del crecimiento individual, segmentándose en dos partes iguales. Con este primer *mónero*, da principio la vida orgánica y su función más característica: la herencia. Aíslase luego en el mónero-plasma homogéneo, un núcleo central consistente, de una masa exterior más blanda; mediante esta diferenciación de núcleo y protoplasma, se origina la primera célula orgánica. Estos protistas ó séres primitivos de una sola célula, deben haber poblado solos y durante largo tiempo nuestro planeta. De los coenobios ó colectividades de los mismos, surgieron más tarde los *filum* (histones) inferiores, plantas y animales multicelulares.

Con el auxilio poderoso de los tres grandes *documentos* empíricos *de la creación*, la paleontología, la anatomía comparada y la ontogenia, llegamos desde los más antignos protozóos hasta la *historia de la especie;* desde los más simples animales multicelulares, se ha ido, paso á paso, hasta el hombre mismo. En las raíces más profundas del árbol común de los grupos, de los metazóos, están los gastreados y los espongiarios; todo su cuerpo consiste, en los más rudimentarios, en un receptáculo-estómago redondeado, cuya tenue pared se halla formada por dos capas de células, que son las dos láminas primarias del germen. Un estado de germen correspondiente, la doble gástrula, se halla transitoriamente en la historia del germen de todos los demás metazóos, desde las larvas y los gusanos más inferiores, hasta el hombre. Del tronco común de los helmintos se desarrollan, como rama principal independiente, los cuatro tipos separados de los moluscos, artropodos, articulados y vertebrados. Sólo estos últimos convienen con el hombre en todas las relaciones fundamentales de sn estructura corporal y del desarrollo. Una extensa serie de vertebrados acuáticos (lancetarios, lampreas, peces) se anticipa á los anfibios bronquiales; éstos no aparecen hasta la época carbonífe-

ra. A los anfibios siguen, en el período pérmico, los primeros amniotas y los reptiles más antiguos; de ellos se desarrollan, más tarde, en el periodo terciario, de un lado los pájaros, y de otro los mamíferos.

Que el hombre, según toda la estructura de su cuerpo, es un verdadero *mamífero*, es un hecho conocido, en tanto que nos damos cuenta de la unidad natural de esta clase de animales de organización superior. La más sencilla comparación convencerá al observador imparcial acerca del estrecho parentesco de forma existente entre el hombre y el mono, el más semejante á nosotros entre todos los mamíferos. Un estudio más profundo de la anatomía comparada ha demostrado que todas las diferencias entre la estructura corporal del hombre y la de los antropoides (gorila, chimpancé, orangután) son mucho más insignificantes que las que se observan en la de estos *hombres-monos* y la de los monos inferiores. La interpretación filogenética de esta afirmación de Huxley, es evidente. La gran cuestión del origen del género humano, ó del *lugar que éste ocupa en la naturaleza*, la «cuestión de las cuestiones», quedaba resuelta científicamente: «el hombre procede de una serie de mamíferos antropoides». La antropogenia descorre el velo que cubría la larga cadena de antecesores vertebrados que han precedido al tardío origen de este vástago de admirable desarrollo.

Estas conclusiones de la teoría de la descendencia han proyectado vivísima luz sobre el vasto campo de los conocimientos naturales; y cuanto más camino se abra la convicción de su verdad irrecusable, tanto más se hará sentir su influjo en todos los ramos de la ciencia. Sólo espíritus limitados ó faltos de cultura pueden dudar ya hoy de tal evidencia. Si todavía, de vez en cuando, algún antiguo naturalista combate el fundamento de esta verdad, ó bien hace resaltar la deficiencia de algunas pruebas (como ha ocurrido hace pocas semanas, por parte de

un célebre patólogo alemán (1), en el Congreso antropológico de Moscou), sólo demuestra con esto que los progresos sorprendentes de la nueva biología y sobre todo de la antropología, le son completamente desconocidos. Toda la moderna literatura biológica, toda la zoología y la botánica de nuestros días, la morfología, fisiología, antropología y psicología, están nutridas y fecundadas por la teoría de la descendencia.

La teoría de la evolución sobre la base monista no ha iluminado solamente el campo de los fenómenos corpóreos de la naturaleza, sino que también la esfera de la vida espiritual, la cual no podemos separar de aquéllos. Así como el cuerpo humano se ha formado lenta y gradualmente á través de una larga serie de antecesores vertebrados, así sucede también respecto de nuestra alma; como función del cerebro, se ha desarrollado gradualmente, en relación con este órgano. Lo que nosotros denominamos con la palabra *alma humana*, no es sino la suma de nuestro sentir, pensar y querer, la suma de funciones fisiológicas, cuyos órganos esenciales están formados por los ganglios celulares microscópicos de nuestro cerebro. La anatomía y la ontogenia comparadas, nos muestran de qué manera gradual se ha desarrollado este órgano maravilloso del alma humana, en el transcurso de millones de años, de las formas cerebrales de vertebrados superiores é inferiores. La psicología comparada nos enseña en cuán íntima relación con dicho órgano se ha ido desenvolviendo el alma humana, como función del cerebro. Explicanos también aquella ciencia,

(1) El autor alude al célebre sabio y catedrático de la Universidad de Berlín Rodolfo Virchow, único adversario de importancia que hoy tienen el darwinismo y la teoría de la descendencia. Como lo ha hecho en otras muchas ocasiones, Virchow combate en su reciente discurso de Moscou aquellas teorías, considerándolas como «hipótesis no demostradas». En su opúsculo titulado *Freie Wissenschaft und freie Lehre*, había ya refutado Haeckel los argumentos de aquel eminente patólogo.—(N. del T.)

como existe ya una forma imperfecta de actividad espiritual en los animales más inferiores, en los unicelulares primitivos, infusorios y rizópodos. Todo naturalista que, como yo, haya observado durante largos años la actividad vital de estos protistas unicelulares, se hallará positivamente convencido de que poseen también un alma, pues que este «alma celular» consiste asimismo en una suma de percepciones, ideas y voliciones; el sentir, pensar y querer del alma humana, no se diferencian de aquélla sino gradualmente. Del mismo modo, existe también un «alma celular hereditaria» (como energía potencial) en la célula-huevo, de la que el hombre, como todo otro animal, se desarrolla.

La primera tarea de la psicología verdaderamente científica no consistirá, pues, como hasta aquí, en la ociosa especulación sobre un alma independiente é inmaterial, y su relación enigmática y temporal con el cuerpo animal, sino más bien en la investigación comparada de los órganos del alma y en el examen experimental de sus funciones psíquicas, pues la psicología científica constituye una parte de la fisiología, de la teoría de las funciones ó actividades vitales de los organismos. Como la fisiología y la patología novísimas, la psicología y la psichatria del porvenir deben también tomar un carácter celular é investigar preferentemente las funciones anímicas de la célula. Cuán importantes conclusiones pueden esperarse de tal psicología celular, ya en los grados más inferiores de la vida orgánica, en los protistas unicelulares (especialmente en los infusorios y rizópodos), muéstralo Max Verworn en sus recientes y admirables *Estudios psíquico-fisiológicos sobre los protistas.*

Los mismos grupos principales de la actividad anímica, hallados ya en los organismos unicelulales—los fenómenos de la excitabilidad, percepción y movimiento,—pueden también demostrarse en todos los organismos multicelulares, como funciones de las células que compo-

nen sus cuerpos. En los metazóos más rudimentarios, los animales invertebrados pertenecientes á la clase de los espongiarios y de los pólipos, no encontramos, al igual de las plantas, ningún desarrollo especial de los órganos anímicos, y todas las células del cuerpo participan más ó menos de la vida del alma. Solamente en los animales superiores aparece esta última localizada y ligada á órganos especiales. Á causa de la división del trabajo, se han desarrollado aquí varios sentidos, como instrumentos de percepción específica, músculos como órganos del movimiento y de la voluntad, centros nerviosos ó ganglios como órganos centrales, mediadores y reguladores. En las especies animales más desarrolladas, destácanse cada vez más estos últimos, como órganos independientes del alma. En relación con la estructura extraordinariamente complicada de su sistema nervioso central, del cerebro con su admirable tejido de ganglios celulares y vasos nerviosos, la actividad múltiple de aquellos animales alcanza aquí una altura considerable.

Sólo en estos grupos de mayor desarrollo del reino animal podemos también demostrar con precisión aquella labor del sistema nervioso central, á la cual denominamos *conciencia*. Sabido es que, precisamente esta noble función cerebral, hoy todavía considerada por algunos como fenómeno misterioso, se aduce como la mejor prueba de la existencia inmaterial de un *alma imperecedera*. Á este fin, cítase generalmente el célebre discurso del *ignorabimus*, del fisiólogo berlinés Du Bois-Reymond (1), sobre los límites de los conocimientos naturales (1872).

---

(1) El admirable discurso conocido con el nombre de *Ignorabimus*, y muy célebre en los anales de las luchas científicas contemporaneas, fué pronunciado por el ilustre naturalista y pensador Du Bois-Reymond, en Leipzig (1872), siendo su afirmación mas importante la de que la conciencia humana es un *enigma* especial é insoluble, un fenómeno transcendental, que está en oposición esencial con todas las demás manifestaciones de la Naturaleza. De aquí la palabra *ignorabimus*, con la que precisamente se terminaba dicho discurso.—(*N. del T.*)

Una ironía particular del destino quiso que el eminente orador de la Academia de Ciencias de Berlín, en su tan comentado discurso de hace veinte años, declarase la conciencia como un misterio incomprensible y como un límite infranqueable del conocimiento, mientras que, por la misma época, demostraba lo contrario el teólogo más profundo de nuestro siglo, David Strauss. El insigne autor de la *Antigua y nueva fe*, había ya entonces comprendido claramente que *todas* las actividades anímicas del hombre, sin excluir la conciencia, provienen de *una fuente*, como funciones del centro nervioso, y que, en el punto de vista monista, caen bajo el mismo juicio. El célebre fisiólogo berlinés desconoció este resultado, y con ofuscación apenas comprensible, confundió esta cuestión especial neurológica con la de aquel gran *enigma*, esto es, la cuestión fundamental de la substancia, con el problema más general de la *relación entre la materia y la fuerza*.

Como lo he demostrado hace mucho tiempo, estos dos grandes problemas no son dos *enigmas* distintos. *La cuestión neurológica de la conciencia, es sólo un caso especial del problema cosmológico más comprensivo y amplio, el de la substancia.* Si llegáramos á comprender la ciencia de la materia y de la fuerza, también podríamos explicarnos cómo piensa, siente y quiere, bajo condiciones determinadas, la substancia que le sirve de base. La conciencia, de igual manera que el sentimiento y la voluntad de los animales superiormente organizados, es un trabajo mecánico de los ganglios celulares, y como tal, atribuible á fenómenos físico-químicos del plasma. Además, por la aplicación del método genético y comparativo, adquirimos el convencimiento de que la conciencia—y por tanto también la razón—no es una función propia y exclusiva del cerebro del hombre, sino que también están dotados de ella muchos animales superiores, ya vertebrados, ya articulados. Sólo paulatinamente, mediante un grado su-

perior de la educación, llega á diferenciarse la conciencia del hombre de la de los animales más perfectos, y lo mismo puede decirse de todas las demás actividades del alma humana.

Estos y otros resultados de la fisiología comparada han dado á nuestra moderna psicología una base monista firme y nueva. Con tales progresos, queda refutada aquella antigua concepción mística del alma, tal como la hallamos en los pueblos primitivos y también en los sistemas dualistas de los filósofos. Según éstos, el alma humana (¿y la de los animales superiores?) sería un ser especial que sólo habita en el organismo y le rige durante su vida individual, abandonándole después de la muerte. La conocida *teoría del piano*, compara el alma inmortal con un artista que ejecuta una pieza musical, la vida individual, en el instrumento del cuerpo perecedero, retirándose al morir á la región de ultratumba. Este *alma* inmortal es considerada, en verdad, de ordinario, como un ser inmaterial, pero, de hecho, se la representa como eminentemente material, bien que como un ser tenue é invisible, etéreo ó gasiforme, ó bien semejante á la movible y ligerísima substancia del éter, tal como la admite la física moderna. Otro tanto sucede con la mayor parte de las nociones que los rudos pueblos primitivos y las clases incultas de los pueblos civilizados se forman, desde hace miles de años, sobre las *apariciones*, los *espíritus* y los *dioses*. Una profunda meditación nos persuade que aquí, como en las quimeras (1) de los modernos espiritistas, no se trata de seres verdaderamente inmateriales, sino de cuerpos gasiformes é invisibles. Es evidente que somos incapaces de representarnos sensiblemente verda-

(1) Hemos atenuado un tanto la palabra correspondiente a la del original alemán, porque aun cuando nuestra opinión particular sobre el *Espiritismo* coincide exactamente con la del autor, nos ha parecido, sin embargo, preferible evitar la mayor dureza del vocablo, en obsequio á los espiritistas de buena fe. — (*N. del T.*)

estos seres inmateriales. Como ya lo concibiera el profundo genio de Goethe, *la materia sin espíritu, el espíritu sin materia, no pueden existir ni manifestarse.*

Por lo que respecta á la *inmortalidad,* nadie ignora que este importante principio es susceptible de interpretaciones y de aplicaciones muy diversas. Repróchase frecuentemente al Monismo que niega la inmortalidad, pero esto no es exacto: antes al contrario, en el sentido rigurosamente científico, la consideramos como un principio indispensable de nuestra filosofía natnral monista. *Inmortalidad* en aquel sentido, es *conservación de la substancia,* y, por consiguiente, lo mismo que la física define como conservación de la fuerza, y la química como conservación de la materia. *El Cosmos infinito es inmortal.* Así como no desaparece jamás del mundo ninguna molécula de materia, ni cantidad alguna de fuerza, así tampoco es esto pensable de los átomos de nuestro cuerpo y de las fuerzas de nuestro cerebro. Al morir, desaparece solamente la forma individual, en la cual se había modelado aquella substancia nerviosa, y el *alma* personal, que era la representación de su actividad. Las combinaciones químicas complicadísimas de aquella masa nerviosa se transmiten por descomposición á otras combinaciones, y las fuerzas vivas producidas por ella se transforman en nuevas formas de movimiento.

El gran César muerto, en polvo convertido,
Yace en la huesa que azota cierzo rudo,
Las cenizas del hombre antes temido,
Frías las guarda su sepulcro mudo.

Enteramente insostenible es, por el contrario, la idea de una inmortalidad *personal.* Si ésta encuentra aún hoy adeptos entre un gran número de personas, explícase esto por las leyes físicas de la inercia, pues esta propiedad influye tanto en la región de los ganglios celnlares del cerebro, como en todos los demás cuerpos de la naturaleza. El cerebro humano se aferra con la mayor obs-

tinación á ciertas concepciones tradicionales, heredadas á través de muchas generaciones, y muy especialmente cuando desde la primera infancia se han impreso en la inteligencia como dogmas indestructibles. Tales *creencias* hereditarias tienen raíces tanto más hondas cuanto más se apartan del conocimiento racional y se revisten con los misteriosos ropajes de la poesía mitológica. En el dogma de la inmortalidad personal, concurre, además, el pretendido interés que el hombre cree poseer con su perpetuidad individual después de la muerte, y la vana esperanza de que, en las bienaventuranzas de la vida futura, alcanzará una compensación á las engañosas ilusiones é infinitos pesares de la existencia terrena.

Afirman, erróneamente, los partidarios de la inmortalidad personal, que este dogma radica en una idea innata y común á todos los hombres sensatos, y que todas las religiones lo enseñan así. Esto es inexacto. Ni el Budhismo ni la religión mosaica contenían primitivamente la creencia en la inmortalidad personal, ni tampoco creyó en élla la mayoría de los hombres cultos de la antigüedad clásica, especialmente durante la época del mayor florecimiento de la Grecia. La filosofía monista de entonces, que ya 500 años antes de Cristo se había elevado á las más asombrosas especulaciones, no conocía aquel dogma. Sólo mediante Platón y Jesucristo adquirió mayor desarrollo, extendiéndose después, en la Edad Media, hasta tal punto, que solamente algún que otro pensador atrevido se resolvió á impugnarlo públicamente. La opinión de que el convencimiento de la inmortalidad personal espiritualiza y ennoblece la naturaleza moral del hombre, no halla, ni mucho menos, su confirmación en la horrible historia de la Edad Media, así como tampoco en la psicología de los pueblos primitivos.

Consideramos como un anacronismo lamentable la persistencia con que una anticuada escuela de la *psicología especulativa* pura mantiene aquel dogma irracional

Hace sesenta años podía aún disculparse esto, pues entonces, ni se conocía con exactitud la íntima estructura del cerebro ni la función fisiológica de cada una de sus partes. Los órganos esenciales del mismo, los ganglio-celulares microscópicos, eran casi desconocidos así como también el alma celular de los protistas. Las ideas sobre el desenvolvimiento ontogenetico eran aún muy imperfectas, ignorandose por completo las relativas al desarrollo filogenético.

Todo esto ha cambiado enteramente de aspecto durante los ultimos cincuenta años. La nueva fisiología ha demostrado ya, en gran parte, la localización de las diversas actividades del espíritu y su dependencia de determinadas regiones del cerebro; la psichatria ha enseñado que aquellos procesos psíquicos se interrumpen o destruyen cuando estas regiones cerebrales enferman o degeneran; la histología de los ganglios celulares nos ha descubierto su complicada estructura y su posición. Sobre todo, de decisiva importancia para esta transcendental cuestión han sido los descubrimientos hechos en los últimos diez años sobre los fenómenos de la fecundación. Sabemos ahora, que la naturaleza de ésta consiste exclusivamente en la cópula ó fusión de dos células microscopicas, el huevo germen femenino, y la esperma-célula masculina. El momento en que se funden los gérmenes de ambas células sexuales indica con rigurosa precisión el instante en que se engendra el nuevo individuo humano. La *célula primordial ó huevo-célula fecundada*, que á seguida se forma, contiene ya, potencialmente—en su capacidad,—todas las cualidades físicas y espirituales que el niño hereda de sus padres. Es evidente que el admitir una *vida eterna* en una manifestación individual, contradice la pura razón, puesto que, mediante la observación directa y sensible, podemos determinar, casi con completa exactitud, el comienzo temporal del individuo. Según esto, si consideramos racio-

nalmente la vida espiritual humana, no cabe pensar nuestra alma individual como separada del cerebro, bieu así como tampoco podemos separar el movimiento voluntario de nuestro brazo de la contracción de sus músculos, ó la circulación de la sangre de la actividad del corazón.

Contra esta apreciación, rigurosamente fisiológica, elevase todavía, con cierta frecuencia, el reproche de *materialismo*, así como también contra nuestra opinión monista sobre las relaciones entre la fuerza y la masa, entre el espíritu y la materia. Ya en otras ocasiones he procurado demostrar que aquella expresión ambigua *nada* significa; del mismo modo pudiera reemplazársela por su antítesis aparente, el *espiritualismo*. Todos los pensadores críticos que conocen bien la historia de la filosofía, saben que tales palabras admiten en cada sistema una significación muy diversa. En el *materialismo* hay que considerar, además, la impropiedad con que se aplican de ordinario las acepciones teórica y práctica, sin notar qne ambas sou enteramente diferentes. Claro y concreto es, por el contrario, nuestro concepto del *Monismo ó filosofía unitaria*, según el cual, un *espíritu vivo é inmaterial* es tan inadmisible como «una materia muerta y desprovista de espíritu». En cada átomo se hallan inseparablemente unidos ambos elementos. La creencia contraria, el *dualismo* (ó en otros sistemas antimonistas, el pluralismo), concibe el espíritu y la materia como dos substancias esencialmente distintas: pero no hay una sola prueba empírica de que cada una pueda existir por sí sola ó de que nos seau perceptibles.

Al referirme aquí á estas consecuencias psicológicas del desarrollo de la doctrina monista, abordamos á la vez una importante cuestión, mencionada también en su discurso por el ilustrado coferenciante, la cuestión *religiosa*, y lo que á ella es anejo, la *creencia en Dios*. Como aquel orador, tengo por importantísima la formación de ideas claras y filosóficas sobre este pnnto fundamental

de la fe, y por tal motivo atrévome á suplicar á esta ilustrada asamblea me permita, en tan solemne ocasión, formular pública *profesión* de fe. Esta *confesión monista* es tanto más digna de que se la considere imparcialmente, cuanto que también la comparten las nueve décimas partes de los naturalistas existentes.

Más aún, creo que *todos* los naturalistas tienen que estar de acuerdo con ella, si reunen las condiciones siguientes:

1) Conocimientos profundos en la totalidad de la ciencia natural, especialmente en la teoría moderna de la evolución.

2) Suficiente perspicacia y claridad de juicio para obtener de aquellos conocimientos empíricos conclusiones lógicas, mediante inducción y deducción.

3) Valor moral suficiente para sostener los conocimientos monistas así adquiridos, contra las impugnaciones de los sistemas opuestos, dualistas ó pluralistas, y

4) Suficiente entereza de espíritu para pensar racionalmente y emanciparse de las preocupaciones religiosas dominantes, especialmente de aquellos dogmas irracionales que se nos han inculcado desde la niñez como «revelaciones religiosas» inatacables.

Si consideramos ahora comparadamente, y desde nuestro punto de vista de pensadores imparciales, las numerosas religiones de los distintos pueblos, hallaremos, en primer lugar, que tenemos que desechar por insostenibles, todas aquellas ideas que pugnan en abierta contradicción con las enseñanzas positivas que la razón crítica formula, y que constituyen la base del conocimiento natural empírico.

Podemos, pues, hacer aquí abstracción de todas las leyendas *mitológicas*, de todos los *misterios*, de todas las llamadas *revelaciones*, que se pretende haber llegado hasta nosotros por modo sobrenatural. Todas estas teorías *místicas* son incompatibles con la razón, ya porque

ninguna experiencia verdadera viene á confirmarlas, ya también porque contradicen en un todo los hechos demostrados por el conocimiento racional de la Naturaleza.

Y esto es aplicable, lo mismo á las tradiciones cristianas y mosaicas, que al ciclo de leyendas mahometanas é índicas. Dejando, pues, á un lado, todos estos dogmas místicos y las revelaciones sobrenaturales, sólo resta, como valioso é inapreciable contenido de la verdadera religión, la pura doctrina moral basada en la antropología racional.

Entre las numerosas y distintas formas religiosas que se han desarrollado desde los más rudos comienzos prehistóricos, desde hace más de diez mil años, destácanse, sin duda, en primera línea, aquellas que aun hoy conservan la mayor extensión entre los pueblos civilizados, la antigua búdhica y la nueva cristiana. Ambas poseen muchos puntos de semejanza, tanto en sus mitologías respectivas, como en su ética. Una parte muy importante del Cristianismo ha sido importada directamente del Budhismo índico; procede otra parte de las doctrinas mosáicas y platónicas. Empero, bajo nuestro punto de vista actual, consideramos, y con razón, la moral cristiana, mucho más completa y más pura que la de las otras religiones. Esto no obsta para que reconozcamos que precisamente los principios más sublimes de la ética cristiana—amor al prójimo, fidelidad, amor á la verdad, respeto á las leyes,—no son exclusivos de la creencia cristiana como tal, sino que tienen un origen mucho más antiguo. La psicología comparada de los pueblos demuestra que estos principios éticos fundamentales eran ya más ó menos conocidos y practicados por un gran número de pueblos cultos, muchos siglos antes de Cristo.

La primera ley moral de la religión racional es siempre el *amor al prójimo*, en el natural equilibrio entre el egoísmo y el altruismo, entre el amor de sí mismo y el

amor á los semejantes. «Lo qne quisieras que otros hiciesen contigo, hazlo también con los demás».—Este altísimo mandamiento natural era ya enseñado y seguido miles de años antes que Cristo dijese: «Ama á tu prójimo como á ti mismo». De suyo se comprendió siempre este principio en la familia humana, á la que le fué ya transmitido hereditariamente, como *instinto moral*, por nuestros ascendientes animales, y existió ya en igual manera y con general importancia en las primitivas asociaciones y en las hordas de los pueblos salvajes, así como también en los rebaños de monos y otros mamíferos sociales. El *amor al prójimo*, esto es, el mutuo auxilio, cuidado, protección, etc., aparece ya en la sociedad de estos animales como un *deber social*, pues sin él no es posible la existencia de aquella. Si estos fundamentos morales de la sociedad adquieren después mayor desarrollo en el hombre, su fuente prehistórica más antigua, como lo demostró Darwin, la hallamos, no obstante, en los *instintos sociales* de los animales. Tanto en los vertebrados mejor organizados (perros, caballos, elefantes, etc.), como también en los articulados superiores (hormigas, abejas, termitas, etc.), la vida común en sociedades ordenadas es condición del desarrollo de relaciones y deberes sociales; éstos son también para el hombre la palanca más poderosa de su progreso intelectual y moral.

Es indudable que la actual cultura humana debe nna gran parte de su perfeccionamiento á la difusión de la moral cristiana, bien que su innegable excelsitud haya sido, por desgracia, frecuentemente amenguada por su enlace con mitos inadmisibles y pretendidas revelaciones. Cuán poco han contribuido estos elementos á la formación de aquella moral, pruébalo el conocido hecho histórico de que, precisamente la *ortodoxia* y la *jerarquía* sobre ella fundada, son las menos dispuestas á cumplir los mandamientos morales, observándose, además, que cuanto más fervor muestran en predicar las teorías de la mo-

ral cristiana, tanto más deja que desear en la práctica la realización de aquellos dictados.

Además hay que tener en cuenta que otra parte importantísima de nuestra cultura y ética modernas se ha desarrollado independientemente del Cristianismo, especialmente por el cultivo constante de los altos tesoros espirituales de la antigüedad clásica. El estudio profundo de los clásicos griegos y latinos ha contribuído más á ello que el de las especulaciones de los Padres de la Iglesia. Agrégase á esto, en nuestro siglo, llamado con razón de *las ciencias experimentales*, el enorme progreso de la superior cultura intelectual, de que somos deudores á los conocimientos naturales y á la filosofía monista en ellos basada. Que esta filosofía ha de influir sobre nuestra moral, depurándola y elevándola, está fuera de toda duda; y así lo confirman muchos excelentes escritos (de Spencer, Carneri, etc.) publicados en los últimos treinta años (1).

Contra esta ética monista, fundada en el conocimiento racional de la Naturaleza, se ha dirigido el reproche de que tiende á destruir la civilización existente, fomentando las aspiraciones del moderno socialismo democrático, enemigo de nuestra cultura. Estoy firmemente convencido de que estas acusaciones son injustificadas. La aplicación de los principios filosóficos á las relaciones prácticas de la vida, puede cumplirse de muy diversos modos. El llamado *liberalismo* político no debe confundirse con el «libre pensar» de nuestra religión monista-natural. Abrigo también la persuasión de que la teoría moral de

---

(1) Entre las muchas obras que tratan de la ética bajo el punto de vista unitario ó monista, pueden consultarse, como las mas importantes, las de Carneri, *Der moderne Mensch* (Bonn, 1891), W. Strecker, *Welt und Menschheit* (Leipzig, 1892), H. Hoffding, *Die Grundlage der humanen Ethik* (Bonn, 1880), así como también la nueva y extensa del profundo filósofo W. Wundt, *Ethik, eine Untersuchung der Thatsachen und Gesetze des sittlichen Lebens* (Stuttgart, 1892, segunda edición). — *N. del T.*)

esta última no está en contradicción con aquella parte sana y estimable de la ética cristiana, y de que el maridaje de ambas contribuirá en lo futuro al verdadero progreso de la Humanidad.

Muy distinta es nuestra opinión respecto á la *mitología cristiana* y á la forma especial de la creencia en Dios sobre ella fundada. En tanto que esa creencia encierra necesariamente la idea de un *Dios personal,* pónese en contradicción con los nuevos adelantos de los conocimientos monista-naturales. Además, muchos ilustres representantes de la filosofía monista han demostrado hace ya más de dos mil años que con la idea de un *Dios personal* como *creador* y *mantenedor del mundo,* no podemos llegar á una concepción verdaderamente racional del universo; pues si bien la cuestión de la *creación del mundo* encuentra aparente solución en el anticuado y trivial sentido de admitir la acción maravillosa de un espíritu creador suprasensible, surge, no obstante, á seguida, una nueva cuestión: «¿De dónde proviene ese Dios personal? Y ¿qué hizo antes de la creación? ¿Dónde halló el material para ésta?» Por esto, en el campo de la *verdadera filosofía científica,* la antigua concepción de un *Dios personal antropomorfo* perderá seguramente su importancia aun antes de terminar nuestro siglo. La teoría correspondiente de un *demonio personal* (opuesta á la anterior y muy extendida aún en la pasada centuria) ha sido ya desechada definitivamente por la gente culta de nuestro tiempo.

Por lo demás, y dicho sea de paso, el anfiteísmo, que cree en Dios y en el Diablo, se compagina mejor que el monoteísmo puro con una teoría racional del mundo. La doctrina anfiteísta tuvo su mayor desarrollo en la religión zenda, fundada por Zoroastro ó Zaraustra, la *estrella de oro)* dos mil años antes de Cristo. Allí, Ormudz, el dios de la luz y del bien, lucha en todas partes contra Ahriman, el dios de las tinieblas y del mal. De analoga

manera se personifica también en la mitología de otras muchas religiones anfiteistas la constante lucha de principios opuestos: en el antiguo Egipto, combatía el buen Osiris contra el perverso Tifón; en la antigua India, Wischnu, el espíritu conservador, era la oposición de Schiwa, el espíritu destructor. Si se quiere sostener aún la teoría del *Dios personal* como base de la concepción del mundo, el anfiteísmo explica muy sencillamente los sufrimientos y las miserias terrenales como acción del principio del mal ó del «demonio». Por el contrario, el monoteísmo puro, tal como aparece en las primitivas religiones de Moisés y Mahoma, no da sobre esto una explicación razonable. Si el Dios uno de las mismas es, verdaderamente, un Ser absolutamente bueno y perfecto, debería también haber creado un mundo perfecto. Un mundo orgánico tan imperfecto y tan injusto como el que existe sobre la tierra, no pudo ser inventado por él.

Estas consideraciones adquieren mayor alcance cuando nos abismamos en los admirables conocimientos naturales de la nueva biología. Aquí, Darwin ante todos, nos ha ilustrado hace treinta y tres años con su teoría de la *lucha por la existencia* y la de la selección, sobre aquélla basada. Sabemos, desde entonces, que toda la naturaleza orgánica de nuestro planeta sólo subsiste mediante una lucha horrible y despiadada de todos contra todos. Millares de animales y plantas sucumben diariamente en cada punto de la tierra, á fin de que algunos individuos escogidos resistan al combate y puedan gozar de la vida. Pero, la existencia de estos pocos seres privilegiados, no es sino una batalla perenne contra peligros de toda clase. Millares de gérmenes, y con ellos hermosas esperanzas, perecen sin fruto en cada momento. El horrendo combate de intereses en la sociedad humana, es solamente una pálida imagen de esta cruel é incesante lucha por la existencia, lucha que reina en todo el mundo orgánico. La hermosa poesía de la *bondad y sabiduría de*

Dios en la naturaleza, ese himno que oíamos con recogimiento en nuestra infancia, hace cincuenta años, no encuentra ya hoy creyentes, al menos entre las *gentes cultas* y *pensadoras*. Todo eso ha sido destruído por nuestro profundo conocimiento del cambio de relaciones entre los organismos, por los progresos de la oecología y de la sociología, por las investigaciones sobre los parásitos y por los estudios patológicos.

Todos estos hechos desconsoladores é invariables—la verdadera *sombra de la naturaleza*—pueden explicarse en la fe religiosa por el anfiteísmo, considerándolos como *obra del demonio*, que, rebelde siempre, combate é interrumpe la obra del «Dios bueno», la perfección del orden moral del mundo; pero permanecen incomprensibles para el monoteísmo puro, que sólo conoce un Dios único, un solo ser divino y perfecto. Cuando, á pesar de esto, se habla aún del *orden moral del mundo*, no se hace otra cosa más que cerrar los ojos ante los hechos innegables de la historia de los pueblos y de la Historia Natural.

Basados en estas consideraciones, difícilmente comprendemos cómo la gran mayoría de las gentes llamadas *cultas* declara todavía la creencia en un Dios personal como principio indispensable de la religión, rechazando á la vez la creencia en un demonio personal como una superstición de la Edad Media. Tratándose de *cristianos ilustrados*, es esta inconsecuencia tanto más incomprensible y digna de censura, cuanto que ambos dogmas constituyen, en igual manera, los elementos esenciales de toda profesión de fe cristiana. Conocido es el importante papel que el demonio personal representa en el Nuevo Testamento, como Satanás, espíritu *tentador, seductor, príncipe del infierno, señor de las tinieblas*, etc., mientras que en los textos más antiguos del Viejo Testamento no se le menciona. El mismo reformador Martín Lutero, que *arrojó al diablo* tanto lastre de dogmas anticuados,

no puede desasirse del convencimiento de la existencia real y de la enemistad de Belcebub: ¡recuérdese, sino, aquella histórica mancha de tinta en el Wartburg! Además, nuestras artes plásticas cristianas han representado en miles de cuadros y otras producciones la figura de Satán, y esto con tal fijeza como figuraron los tres Dioses buenos, con su unión en la Trinidad, misterio que, desde hace ochocientos años, da que pensar en vano á la humana razón. La impresión profundísima y la notable influencia que una tal representación concreta y repetida millones de veces, causa, particularmente en el alma de los niños, no se aprecia de ordinario lo bastante. A esa impresión y á ese influjo debe atribuirse en gran parte la culpa de que tan irracionales mitos se perpetúen aún bajo la máscara de *verdades de la fe*, desafiando todos los dictados de la razón.

Cierto es, que muchos teólogos cristianos independientes han tratado una y otra vez de desterrar el *demonio personal* de la creencia cristiana, personificándole tan sólo como la idea del engaño, como el «espíritu del mal», empero, con el mismo fundamento deberíamos nosotros admitir la idea personificada de la verdad, el *espíritu del bien*, en lugar del Dios personal. Nada tenemos que oponer á esta idea: por el contrario, vemos en ella un lazo de unión, que concilia esas regiones ideales de la poesía religiosa con el imperio de la luz, proclamado por el conocimiento científico de la Naturaleza.

Nuestra idea «monista» de Dios, compatible solamente con los conocimientos naturales del presente, reconoce *el espíritu de Dios en todas las cosas*. Aquella idea no puede, no, ver en Dios un ser personal, esto es, un individuo de extensión limitada en el espacio, ó aun con forma humana. Por el contrario, Dios está en todas partes. Ya lo dijo Giordano Bruno: «Hay un espíritu en todas las cosas, y no existe cuerpo, por pequeño que sea, que no contenga una parte de la divina substancia que le anima». Cada

«átomo» está asimismo animado, y de igual suerte el *éter infinito*. Según esto, podemos también concebir á Dios como la suma infinita de todas las fuerzas naturales, como la suma de toda la fuerza atómica y de todas las vibraciones del éter. En el fondo, viene á ser ésta la misma definición que da de Dios el ilustre conferenciante que me ha precedido, cuando le llama *Ley suprema del mundo*, representando ésta como la *acción del total espacio*. No importa el nombre en estas creencias transcendentales, sino la unidad de Dios y el mundo, de espíritu y naturaleza. El *homoteísmo*, la idea antropomorfa de Dios, empequeñece, por el contrario, esta sublime concepción cósmica, convirtiéndola en un *mamífero gasiforme*.

Entre los diferentes sistemas panteístas que han desarrollado más ó menos claramente desde largo tiempo, la noción monista de Dios, el más perfecto es, sin disputa, el de Spinoza. Conocida es la admiración y la simpatía que Goethe tributó á este sistema. Entre los numerosos hombres ilustres que formaron su religión natural en sentido panteísta, citaremos solamente dos de los más grandes poetas y conocedores del corazón humano: Shakespeare y Lessing; dos de los más notables príncipes alemanes: Federico II de Hohenstaufen y Federico II de Hohenzollern; dos de los más insignes naturalistas: Laplace y Darwin. Al sumar nuestro propio credo panteísta al de estos espíritus eminentes, debemos hacer notar que, ese credo ha alcanzado en los últimos treinta años, merced á los sorprendentes progresos de los conocimientos naturales, una base empírica, no sospechada antes.

El reproche de *ateísmo* con que todavía hoy se tilda nuestro panteísmo y la doctrina monista que en él se funda, no encuentra ya eco entre las gentes verdaderamente ilustradas de nuestro tiempo. En verdad, todavía pudo el canciller imperial formular en la Cámara pru-

siana de Diputados, á comienzos de este mismo año, la extraña alternativa: «O la creencia ateista, ó la cristiana.» Esto sucedió con motivo de la defensa de aquella reprensible ley escolar, cuyo fin no era otro que el de entregar maniatada nuestra enseñanza á la jerarquia papal. La distancia que separa esta excrecencia degenerada de la religión cristiana del puro Cristianismo primitivo, no es mayor que la que divide aquella alternativa medioeval de la conciencia religiosa de las gentes cultas de nuestra época. Quien se atiene á la adoración de antiguas vestiduras y figuras de cera, ó considera la serie de rezos, jubileos, etc., como verdadero ejercicio cristiano de la religión; quien cree en reliquias que obran milagros y compra el perdón de sus culpas con bulas, indulgencias y demás; á quien todo eso admite y practica, le concedemos con gusto su derecho á la *religión, única fuente de ventura.* Frente á estos servidores de fetiches queremos pasar de buen grado por *ateos*, si les place calificarnos así.

Cosa parecida á lo que sucede con las acusaciones de ateismo é irreligiosidad, acontece también con el reproche, á menudo expresado, de que nuestro Monismo destruye la *poesía* y no satisface las aspiraciones del sentimiento del hombre. Dícese que, especialmente la estética—ciertamente una ciencia valiosa, tanto en la filosofía teórica, como en la vida práctica,—es la que más rudo golpe sufre con la filosofía natural monista. David S. Strauss, uno de nuestros más profundos estéticos y nobles escritores, ha refutado ya esa inculpación y mostrado cómo, por el contrario, el amor á la poesía y el culto de lo bello están llamados á prosperar más aún que hasta aquí en nuestra *nueva creencia*. A Vosotros, respetables señores, como naturalistas y amigos de la verdad que sois, no necesito exponeros cuánto conforta nuestro ánimo cada nuevo paso de nuestra inteligencia en el conocimiento de los secretos de la Naturaleza; cuán-

to estimula nuestra fantasía y ensancha nuestra idea de lo bello. Para convencerse de la estrecha unión que reina en estos diversos ramos de la actividad humana, de cnán inmediatamente se enlaza el conocimiento de la verdad con el amor de lo bueno y la admiración de lo bello, bastará que os cite un solo nombre, el genio más grande de Alemania· WOLFGANG GOETHE.

Si la importancia estética de nnestra religión natural monista y su valor ético han penetrado poco hasta ahora en la conciencia de las gentes ilustradas, débese esto principalmente, á la deficiencia de nuestra enseñanza escolar. Cierto que, en los últimos lustros, se ha escrito y hablado muchísimo acerca de la reforma de la enseñanza y de los principios de la educación; pero apenas se nota todavía un progreso esencial. También aquí reina la ley física de la inercia; también aquí—y muy especialmente en las escuelas alemanas—opone la escolástica de la Edad Media tal resistencia á los nuevos ideales, que toda reforma racional de la enseñanza tiene que entablar larga lucha é ir ganando el terreno palmo á palmo (1). En problema tan importante como éste, del cual depende el mejoramiento de las generaciones futuras, no se llegará tampoco á soluciones definitivas hasta que no se reconozcan los conocimientos monista-naturales como fundamento indispensable y sólido.

La escuela del siglo XX, floreciendo de nuevo sobre esta base, no solamente descorrerá el velo de las admirables verdades del desenvolvimiento universal á la juventud del porvenir, sino que también mostrará los inagotables tesoros de belleza que yacen escondidos en aquéllas. Ya admiremos el esplendor de las altas mon-

---

(1) Mas que a la culta y progresiva Alemania, lo que dice el ilustre Haeckel parece aplicable a nuestra España, donde la indiferencia general y la escasez de energías, retardaran aún mas la regeneracion de la enseñanza nacional — *(N del T.)*

tañas ó el encanto del mar, ya observemos con el telescopio las sublimes é infinitas maravillas del estrellado cielo, ó bien examinemos con el microscopio los sorprendentes fenómenos del mundo de lo pequeño, en todas partes nos abre el Dios-Naturaleza veneros abundantísimos de goces estéticos. Ciega é ignorante ha caminado hasta ahora la mayor parte de la Humanidad sobre este admirable mundo terreno: una teología enferma y antinatural se lo ha presentado como un *valle de lágrimas.* Tiempo es ya de iluminar el derrotero del progresivo espíritu humano; hay que mostrarle que el verdadero conocimiento de la Naturaleza, no sólo satisface su inteligencia inquieta é investigadora, sino que también las aspiraciones más vivas de su alma.

La investigación monista de la Naturaleza como conocimiento de lo verdadero, la ética monista como educación para lo bueno, la estética monista como cultivo de lo bello, tales son los tres principales objetivos de nuestro Monismo; mediante su desarrollo armónico y congruente, conseguiremos establecer un *lazo de unión* verdaderamente consolador *entre la religión y la ciencia,* y acercarnos á la tan deseada reconciliación de ambas. Lo VERDADERO, lo BUENO y lo BELLO son las tres excelsas divinidades á las que rendimos culto y ante las que doblamos la rodilla; en su unión racional y en su perfección mutua se nos ofrece el puro *concepto de Dios.* A esta trinidad una del ideal de Dios, á esta base natural y verdadera del Monismo, elevará sus altares el siglo que va á sucedernos.

Hace diez años, asistía yo á la festividad del tercer centenario de la Universidad de Würzburgo, en la cual había comenzado cuarenta años antes mis estudios médicos, que continué luego durante seis semestres. El entonces rector, el ilustre químico Juan Wislicenus, pronunció la solemne oración conmemorativa, que terminó con las palabras: *Quiéralo Dios, el espíritu de lo bueno y de la ver-*

dad. Yo añado ahora: *Y el espíritu de lo bello.* En este sentido dedico mis mas sinceras felicitaciones á vuestra Sociedad de Naturalistad del Osterland. ¡Ojalá que la investigación de los secretos de la Naturaleza florezca también en esta región nuestro país turingio, y ojalá que los frutos de vuestras tareas aqui en Altenburgo, contribuyan á la cultura humana y al fomento de la verdadera religión, tanto por lo menos como los que dieron renombre en el Wartburg, cerca de Eisenach, al gran reformador alemán!

En el promedio, entre el Wartburg y Alteuburgo, está situada Weimar, la ciudad clásica de las Musas, y cerca de ella nuestra Universidad de Jena. Considero como un feliz augurio el que, en este momento, se celebre en Weimar una fiesta excepcional, con asistencia de los egregios protectores (1) de la Uuiversidad de Jena, los promovedores de la libre investigación y de la ciencia libre. En la esperanza de que su apoyo y su estímulo valiosos nos honrarán también en el porvenir, termino mi profesión de fe monista con las palabras: *¡Quièralo Dios, el espíritu de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero!*

---

(1) Alude a los príncipes reinantes de Sajonia-Weimar, quienes continuando las gloriosas tradiciones de su esclarecida familia e inspirados en un espíritu altamente liberal y expansivo, dispensan protección decidida y entusiasta á las Ciencias y las Artes.—(*N. del T.*)

PUBLICACIONES

DE

D. JUAN CORNEJO CARVAJAL

Reseña histórica del arte taquigráfico. —[illegible] completa y acabada del mismo desde su origen [illegible] detallando sus progresos y vicisitudes en todas las [illegible] con gran copia de datos en la parte relativa á España. [illegible] — Un tomo en 8.º mayor, de 2[illegible] páginas. — [illegible] prepárase la segunda. Precio del ejemplar 2,50 [illegible] en Madrid, 3 en provincias, 4 en el extranjero y 5 en [illegible]

Tratado de estenografía internacional. — [illegible] glo del sistema taquigráfico [illegible] en colaboración con el sabio [illegible] del *Real Ins[illegible]* de Dresde (Sajonia), Sr. Heinrich Kr[illegible] y [illegible] grabado en acero representando al ilustre autor [illegible] Francisco Javier Gabelsberger. — Dresde 1890. — Un tomo [illegible] de 72 páginas. Precio del ejemplar 3,50 pesetas en Madrid, 4 en provincias y 5 en Ultramar y extranjero.

Los humos de Huelva. — [illegible] artículos publicados sobre [illegible] cuestión en *El C[illegible]* de Madrid [illegible] *[illegible] de Huelva* [illegible] intercaladas en el texto [illegible] bidos de [illegible] autor [illegible] de la [illegible] Alb[illegible] R[illegible] Conde de Gom[illegible] Cánovas [illegible] Jerónimo B[illegible] director del *Diario de T[illegible]* [illegible] entre [illegible] tomo, ya bien [illegible] D. Ju[illegible] de Ex[illegible] Un tomo en 4.º m[illegible] pesetas en España, 6 en el [illegible]